

## México y la Segunda Guerra Mundial

Héctor Orestes Aguilar



Al estallar la Segunda Guerra Mundial, la cultura mexicana era un territorio que cobijaba las más diversas y encontradas posiciones. En un estado de guerra, opinar y polemizar en torno al desarrollo del conflicto bélico y a los posibles futuros del Viejo Continente significaba *actuar*, ejercer a través del discurso una acción con repercusiones en la esfera pública, pues de lo que se dijera o dejara de decir dependía en gran parte la recepción de los acontecimientos en Europa. Algunos historiadores y estudiosos —José Luis Ortiz Garza (*México en guerra*), Denis Rolland (*Vichy et la France Libre au Mexique*) y aun Mario Moya Palencia (*¡Mexicanos al grito de guerra!*), entre otros— sostienen, con diferentes argumentos, que los aparatos de propaganda de los países en lucha libraron en nuestro país una cabal guerra informativa, con el propósito de orientar la definición política de México antes de y durante la conflagración mundial.

Gracias a una abundante literatura primaria que abarca periódicos, libros, revistas, folletos, panfletos, hojas volantes y carteles, más los guiones de emisiones radiofónicas de la época aún asequibles, puede trazarse una topografía de las estrategias que siguieron los aparatos de propaganda involucrados en la guerra con el fin de lograr un clima de aceptación para sus respectivas causas en la escena nacional. Y, dentro de una investigación de este orden, resulta particularmente interesante precisar las tareas propagandísticas que cumplieron algunos de nuestros líderes de opinión, escritores, periodistas e intelectuales. Una reconstrucción de este tipo hace posible entender el ambiente que campeaba en un país distante del escenario de los hechos pero directamente relacionado con los intereses de las potencias en conflicto.

Habría que decir que, ya desde los años de la Primera Guerra Mundial, se distribuían en México publicaciones “aliadófilas” y “germanófilas”, como las llamó don Manuel Puga y Acal. Dentro de las últimas cabe destacar a los libros y folletines del Servicio de Informaciones Alemanas en México, agencia que

tenía su despacho en el número 58 de la Avenida 16 de Septiembre y que usaba los talleres tipográficos de los hermanos Müller en la colonia Doctores. Las publicaciones de este servicio tenían un perfil misceláneo, aunque ponían especial énfasis en la difusión de figuras heroicas de la Alemania guillermina e imperial, o en la exposición de las bondades de la política alemana hacia el continente americano en contraste con los intereses expansionistas de los países de Europa Occidental. Ejemplos de sus títulos son *El vampiro del continente. Exposición de la política inglesa, de sus fines, de sus medios y de sus resultados*; *Las crueldades de los aliados*, y *La América Latina ante la guerra*. Este tipo de literatura propagandística era bastante obvia en sus medios y fines y estaba dirigida a un lectorado popular, principalmente aquel que carecía de los recursos para obtener información de fuentes menos parciales y mejor documentadas.

Ya en los años veinte y treinta, con el perfeccionamiento de los aparatos de propaganda, los servicios de información fueron sofisticándose y adquirieron diferentes grados de especialización. En el espacio internacional de habla hispana, por ejemplo, países como Alemania, Inglaterra y Francia desarrollaron una estrategia propagandística diversificada. Acaso la propaganda alemana sea el caso más ejemplar de un sistema de información que buscó, por todos los medios posibles, hacer aceptable entre la opinión pública mexicana la posibilidad de un nuevo dominio germano en toda Europa con la imposición del Reich milenar; una posibilidad que algunos intelectuales, artistas y políticos mexicanos suscribieron por diferentes razones y bajo distintas circunstancias que, hoy, nos obligan a reconsiderar sus motivaciones, a desentrañar las causas que los sedujeron y llevaron a postular la inevitabilidad de una victoria alemana en la Segunda Guerra Mundial. En este breve ensayo intentaremos reconstruir, así sea de manera general, el itinerario ideológico de quienes —como José Vasconcelos, Adolfo León Ossorio, José Pagés Llergo, el Dr. Atl y otros— fueron sorprendidos y cautivados por la posibilidad de un orden mundial dominado por el III Reich.

### José Pagés Llergo: cinco meses bajo la suástica

Ni siquiera después de cincuenta años del fin del régimen nacionalsocialista en Alemania es posible ponderar con ecuanimidad y desapasionadamente las opiniones, juicios y

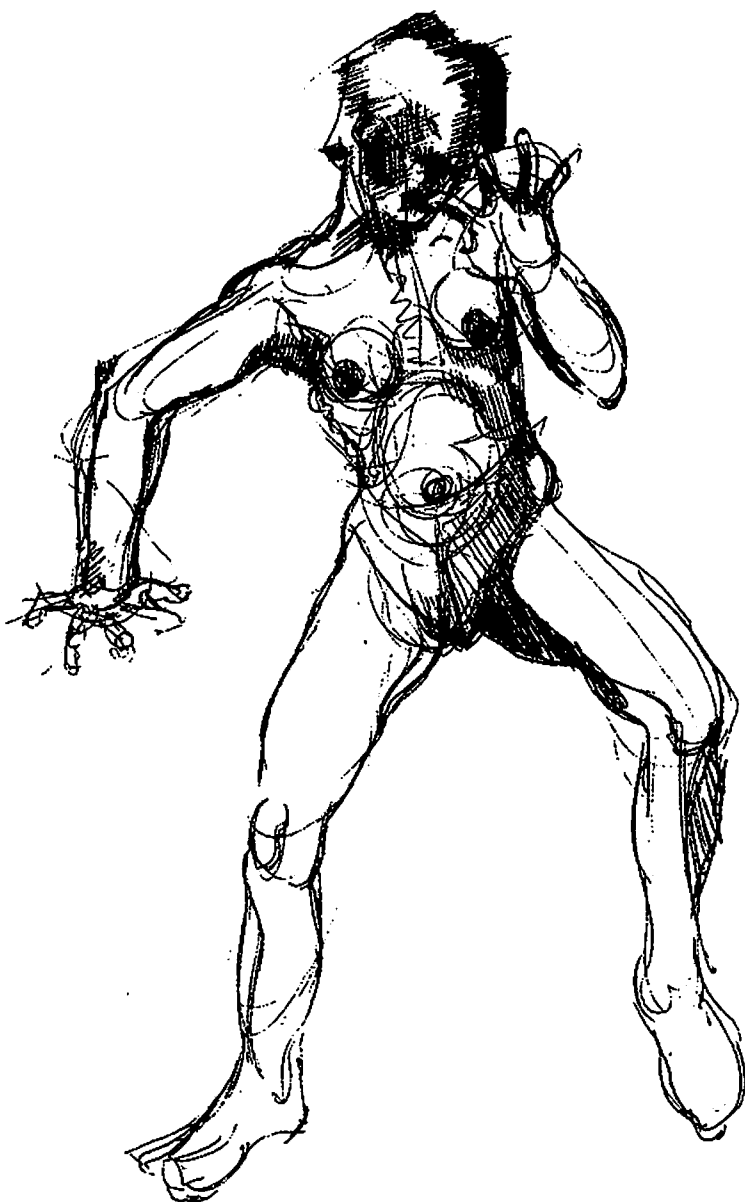
Héctor Orestes Aguilar. Hizo estudios de música, comunicación y lingüística. Ensayista y narrador, colabora en diversas revistas, periódicos y suplementos, como *El Nacional*, *Casa del Tiempo*, *El Semanario*, *La Gaceta FCE* y *Biblioteca de México*. Es becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en la rama de ensayo.

testimonios de aquellos que, de alguna u otra manera, contribuyeron a crear un clima de aceptación para la idea de la victoria del III Reich durante la Segunda Guerra. A muchos les resulta difícil aceptar o siquiera concebir el hecho de que haya habido inteligencias que se dejaron seducir y arrastrar por el delirio hitleriano, por la enorme capacidad de convocatoria y el poderoso carisma del Führer. Después de decenas de años, investigaciones y libros, la sorpresa y el estupor ante la imprevisible simpatía o admiración que sintieron periodistas, escritores, artistas e intelectuales de todos los países y lenguas hacia la figura de Hitler continúa acicateándonos para buscar una posible explicación.

Entre los mexicanos que pudieron atestiguar privilegiadamente el desarrollo de los primeros tiempos de la Segunda Guerra, cuenta el periodista José Pagés Llergo, quien cubrió para el semanario *Hoy* una serie de reportajes acerca de los acontecimientos en Europa. Avezado y dueño de un gran oficio, Pagés Llergo plasmó sus más vivaces impresiones en el conjunto de crónicas titulado "Cinco meses bajo la swastica" (sic), donde relata el periplo que, hacia finales del verano de 1939, lo llevó a Berlín, ciudad que mantuvo como base de su labor informativa y en la que estrechó vínculos con funcionarios del Ministerio de Propaganda Nacionalsocialista, especialmente con su "querido amigo", según decía, el doctor Harald Zuhlsdorff, contacto directo con el ministro Joseph Goebbels, quien lo llegó a invitar a sus oficinas centrales de la Wilhelm Platz berlinesa y quien le consiguió, entre otras cosas, un asiento en la segunda fila de los palcos del Reichstag para presenciar el discurso de Hitler del viernes 1º de septiembre de 1939, a las 10 A.M., sesión en la que Alemania declaró la guerra a Polonia. Según consignaba *Hoy*, esa acreditación fue la única otorgada a un corresponsal extranjero.

Como José Vasconcelos unos meses más tarde, Pagés Llergo no dudó en afirmar que Hitler debía el poder a su discurso, a su capacidad oratoria, a la hipnosis colectiva que generaba su retórica. Relata el periodista mexicano: "En aquellos momentos, en los que el ídolo se levantaba tronante, semidivino, con un imperio de noventa millones a sus pies, yo no dudaba de él. Sus hechos posteriores, sus promesas incumplidas, al decir de sus enemigos, no son suficientes para destruir la fe ciega que un pueblo ha depositado en él [...] En aquel momento en que se secaba con la punta de su pañuelo las lágrimas que le corrían por la cara; en aquel momento en que enternecía con la expresión de sus ojos a cuatro mil personas que eran símbolo de todo el Reich, sus propios enemigos habrían meditado un largo rato para condenarlo [...] Goering, bonachón, simpático, mofletudo, no podía ocultar su emoción. Hess, moreno, de ojos azules, de pelo ensortijado, se cubría la cara con las manos. Goebbels, Von Ribbentrop y Von Brautsisch, se apretaban las manos, con la cabeza apoyada sobre el pecho. La sola idea de que Hitler llegase a desaparecer ponía luto en los corazones alemanes".

Apenas unas horas antes de esa comparecencia del Führer, Pagés Llergo había estado, junto con una veintena de ciudadanos mexicanos, haciendo antesala en el despacho del general Juan F. Azcárate, para saber si era posible lograr un salvoconducto y un medio de transporte para salir de territorio alemán. Allí, y así lo relata él, supo, por voz de otro compatriota, que "los polacos, los ingleses y los franceses residentes en Alemania [serían]



llevados a un campo de concentración si la guerra estalla”. A diferencia de otros testigos de la ofensiva alemana en Europa, Pagés Llergo sí pudo saber muy a tiempo de la confinación especial a que eran sometidos todos aquellos que pasaban por potenciales enemigos del Reich. ¿No habría sido suficiente esa impunidad y ese terror persecutorio para disuadir al cronista de transmitir una impresión demasiado embelesada y acrítica de la capacidad de liderazgo de Hitler? ¿No pudo prever siquiera mínimamente las atrocidades que cometería el régimen nazi? Acaso su conocimiento de la política y de los hombres fue lo que llevó a Pagés Llergo a rematar su entrega publicada el 13 de enero de 1940 con una lacónica frase: “iba a sentir una profunda satisfacción: la de que México no haya podido implantar un sistema totalitario...”



### José Calero y su tragedia europea

Pocos testimonios de la Europa sumida en el vértigo de la guerra son tan vívidos, intensos y bien escritos como los que dejó José Calero. Su libro más conocido, *Cruces y alambradas. La tragedia europea vivida por un mexicano*, da cuenta de sus experiencias en el Viejo Continente durante los difíciles años que preludieron y vieron surgir al III Reich como la potencia totalitaria que desataría la conflagración mundial. Publicado en 1942, *Cruces y alambradas* posee el singular valor, en la historiografía de las ideas en México, de ser la cifra de una radical conversión ideológica y espiritual. Me explico.

José Calero fue miembro de una familia acomodada. Estudió en el Colegio Alemán Alexander von Humboldt, por lo que su germanofilia era una cosa absolutamente natural. Sobre todo si se toma en cuenta, como lo han documentado exhaustivamente Brigida von Mentz, Silke Nagel y otros investigadores mexicanos y alemanes, que en el Humboldt se inculcaban valores, costumbres y aspiraciones involucradas directamente con el nacionalismo germánico, con el autoritarismo fascista y el decisionismo. Calero fue incluso colaborador, entre febrero y junio de 1940, de la revista *Timón*, una publicación propagandística nazi subsidiada por la legación alemana en México que tuvo gran resonancia en los medios periodísticos y culturales, pues además de contar con una factura envidiable para aquellos días, era dirigida por José Vasconcelos, quien había logrado convocar a un amplio espectro de colaboradores que no necesariamente apoyaban la causa de Hitler. En *Timón* publicaron Andrés Henestrosa, uno de los fieles vasconcelistas de la campaña presidencial del autor de *Ulises Criollo* en 1929; el republicano español Benjamín Jarnés –que tradujo “La puerta estrecha” de André Gide–, quien le debía a Vasconcelos el prólogo para su libro *Ariel disperso*; David Niño Arce, un hombre que pasó toda su vida entre libros y que ordenó la bibliografía vasconceliana; Adolfo León Ossorio, combatiente y coleccionista; y personas de

